



experimentar muy pronto un sentimiento nacional más elevado: la fundación de la Comisión de traducción de obras orientales bajo el patronato Real, ha aumentado ya mucho el fondo de los conocimientos en este género. Ella ha interesado en los progresos de estos estudios á los que de otro modo se hubieran inclinado poco por sí á fomentarlos; ha rogocijado á más de un sábio, que sin eso hubiera perecido en una oscuridad silenciosa; y ha estimulado á muchos que no se hubieran sentido con las fuerzas necesarias.

Eoam tentare fidem, populosque bibentes
Euphratem...

Medorum penetrare domos, Scythiosque recessus
Arva super Cyri Chaldæique ultima regni,
Qua rapidus Ganges, et qua Nyssæus Hidaspes
Accedunt pelago (1).

LUCANO VIII, 213.

(1) Para ir á tentar la fe oriental y los pueblos que beben el Eufrates, para penetrar en las moradas de los medos y en las guaridas de los escitas, más allá de los últimos confines del reino de Ciro y del caldeo, por donde desembocan en el mar el impetuoso Ganges y el Hidaspes que baña á Nisa.

Tradiciones primitivas.—Datos bibliográficos de los «Anales católicos.»—Notas interesantes para los estudios históricos.—Confirmación de la Biblia y de las tradiciones egipcias y griegas por los libros jeroglíficos hallados y conservados en la China.

III

Reuniendo afanosamente los datos más importantes sobre las tradiciones primitivas, no queremos prescindir de la inserción de los que nos presta, en forma crítico-bibliográfica, el sábio é ilustre abate Bonnetty, ocupándose en el análisis de una obra sobre esta materia.

¿Quereis recorrer el Asia y leer monumentos que nadie jamás habia leído? ¿Quereis oír las extinguidas voces despues de tantos siglos, y hacerlas reaparecer en el mundo con juvenil novedad? ¿Quereis penetrar en los misterios más secretos del mundo antiguo, leer sus más antiguos libros sagrados, sus más antiguos libros históricos, y ver en ellos por todas partes pruebas de la unidad de origen de todos los pueblos, de la semejanza de todas las religiones, de la identidad de una lengua universal?

¿Quereis, sobre todo, hallar entre los chinos la historia de los pueblos primitivos y antediluvianos, la historia de Adam y de Eva, de los patriarcas, de los fundadores de los primeros imperios, conservada en sus caracteres, en su lengua y en su historia? ¿Quereis, por último, abordar las cuestiones más difíciles, los más numerosos problemas históricos, agrupados y explicados segun un sistema simplicísimo, ver resueltos los más pavorosos problemas, criticados con la más grande osadía y la más impertertable buena fe?

Leed, pues, la obra de M. Paravey, pequeño volumen, pero suficiente para resolver todas las cuestiones que él suscita, tarea por demás sobrada para toda vuestra vida, por larga que ella sea.

En justificación de lo que acabamos de decir, vamos á tratar de dar una idea general de los problemas históricos tratados por M. de Paravey, dando á su vez el plan de su vida, consagrada toda al estudio.

OBJETO DE LOS TRABAJOS DE M. DE PARAVEY.—SU PLAN DE VIDA

No es fácil descifrar lo que hay de real ó de

sistemático en los trabajos de M. de Paravey; estos trabajos pueden ser juzgados de un modo muy diferente, y en general podemos asegurar que han sido juzgados con mucha ligereza y con poca benevolencia. Pero en sus trabajos, fácil es ver su objeto, y haciéndole justicia, es digno de ser alabado. Este objeto está bien explicito en los dos epígrafes siguientes, que vemos en las dos disertaciones que sirven de epígrafe para la obra que nos ocupa. El primero está tomado de San Epifanio:

«Bajo la ley natural.... se veia prevalecer aquella fe, que hoy persiste en la Santa y Católica Iglesia de Dios; fe que florece desde el principio de las cosas, y que más tarde se manifiestó de nuevo (1).»

No podemos ménos de aplaudir esta tesis histórica, que vemos muy olvidada en nuestros libros históricos, que no se ocupan del cristianismo ó de la Iglesia sino desde la venida de Jesucristo. Pero este olvido da una falsa idea de su origen, de sus enseñanzas y de su influencia en el mundo antiguo. San Epifanio está aquí completamente de acuerdo con San Agustín, que en términos aún más explicitos dice: «Este mismo asunto, que ahora llamamos *Religion cristiana*, existia tambien entre los antiguos, y jamás dejó de existir desde el principio del género humano hasta el dia en que el mismo Cristo encarnó, época en que la verdadera religion, que ya existia, comenzó á llamarse cristiana (2).»

Repetimos que no podemos ménos de aplaudir el fin de los trabajos de M. Paravey. Tienen algunos puntos relativos á la defensa bíblica, que nosotros no admitiríamos, pero son

(1) San Epifanio. *Contra las herejías*. l. 1.; Heresía 1, núm. 5; véase el texto en sus *Obras*, en la *Patrología griega* de Migne, t. 41, p. 181 y en los *Anales*, t. 20, p. 131 (série 4.^a)

(2) Véase el texto en la obra *De civit. Dei*, l. 18, c. 51; *Part. lat.*, t. 41, p. 614, y en *Retract* l. 1, c. 13, núm. 3; *Ibid.*, t. 39, p. 603, y en los *Anales*, t. 20, p. 132 (série 4.^a)



en escaso número; aquí hablamos de su intención, y esta es recta y digna de todo elogio.

El segundo epígrafe, que resume el pensamiento de M. de Paravey sobre los pueblos griegos y romanos, está tomado de las palabras del gerofante egipcio.

«Oh Solon, Solon; vosotros griegos siempre sois niños; entre los griegos, no hay ningún anciano, todos vuestros espíritus son jóvenes. Porque no teneis ninguna doctrina que os venga de una tradición antigua; ninguna ciencia renovada por el tiempo (1).»

Esta es también una tesis, á la que damos nuestra más completa adhesión, y que pocas personas disputan. Se podrá reprochar siempre á los griegos por no haber traducido algunos de aquellos archivos que la mayor parte de los pueblos de Oriente conservaban con tanto esmero. Ellos no hicieron más que tomar sus mitologías.

Otra tesis es la siguiente: «El principio de la historia de la China no pertenece á la China tal y como nosotros la conocemos; pertenece á los tiempos primitivos y antiluvianos de los pueblos; los primeros emperadores ó jefes de los chinos son los patriarcas de la Biblia, y los antiguos libros chinos son los fastos jeroglíficos, conservados por los hijos que más tarde poblaron la China.»

Hé aquí una tesis controvertida, tesis atrevida, para cuya defensa se ocupó M. de Paravey toda su vida en reunir documentos, que no dejan de sorprender, pero que no debemos rechazar ó pasar en silencio. Los *Anales* comprenden una gran parte de estos trabajos, cuya lista daremos al final de este bosquejo. Veamos ahora algunos pormenores de su vida.

M. de Paravey nació en Fumay (Ardennes) el 25 de Setiembre de 1787; admitido en la escuela politécnica en 1803, salió de ella con el título de ingeniero de puentes y calzadas, y contribuyó en tal concepto á la obra de uno de los canales del Este. Más tarde entró en la escuela con la categoría de subinspector, y en ella permaneció hasta el 1830. Pero antes de esta época, ya había abandonado sus funciones de ingeniero para dedicarse al estudio de la astronomía y de la historia de la China, para lo cual M. de Rémusat le dió las primeras nociones de la lengua y de los caracteres chinos.

En 1821 publicó un *Cálculo de las memorias sobre el origen de la esfera y sobre la edad de los zodiacos egipcios* (2), acerca de los cua-

(1) Platon, *Timéo*, texto citado en los *Anales*, t. X, p. 329 (serie 1.ª).

(2) Paris, Berlin, en 8.º Todas las obras de M. Pa-

les MM. Ampere, Cuvier y Delambre hicieron una relación muy notable en la Academia de las inscripciones el 5 de Febrero de 1821 (1). Ya tenemos aquí en principio todas las tesis sostenidas por M. de Paravey.

En 1822 publicó: *Nuevas consideraciones sobre el planisferio de Denderah*, en las cuales, no obstante los cálculos de M. Biot, y empleando también el sistema de proyección indicado por M. Delambre, demuestra que este monumento no es otra cosa que la esfera de Hiparco, tal como está representada en el globo Farnesio; consideraciones confirmadas por la lectura de los nombres de los reyes griegos y emperadores romanos, nombres que se acababan de descubrir sobre la mayor parte de los monumentos que aún subsisten en Egipto (2).

Es necesario que hagamos notar que este opúsculo es el primero que prueba la novedad de aquel documento, que algunos astrónomos calificaban de muy antiguo, y en oposición con la Biblia.

En 1826 dió á luz también un *«Ensayo sobre el origen único y jeroglífico de las cifras y letras de todos los pueblos»*; obra acompañada de láminas muy completas, y precedida de una rápida ojeada histórica del mundo, entre la época de la Creación y la Era de Nabonasar, y algunas ideas también sobre la formación de la primera de todas las escrituras, que existió antes del diluvio y que fué jeroglífica (3).

En ella expone M. de Paravey todas sus teorías, con las cuales hunde la mayor parte de los sistemas recibidos, dando al antiguo mundo una nueva luz; teorías que le separan de la mayoría de los sábios, quienes desde entonces no se han atrevido, ni á admitir, ni á discutir sus documentos y sus razones. Los *Anales* han dado cuenta de esta obra (4) y han reproducido sus teorías sobre el origen único de las cifras y de las letras, al principio de cada letra de su *Diccionario diplomático*.

Desde entonces M. de Paravey no ha publicado más que disertaciones más ó menos ex-

raye, de las cuales se conservan algunos ejemplares, se hallan de venta en casa de Maisonneuve, Quai Voltaire, núm. 15.

(1) Esta relación, muy rara, se encuentra en los *Anales*, t. IV, pág. 39 (1.ª serie).

(2) En 8.º de 32 páginas y una plancha; Paris, Freutes. Véase además el juicio que hace M. Cuvier de este opúsculo en los *Anales*, t. III, pág. 291 (Primera serie).

(3) En 8.º de 150 páginas, con siete grandes láminas; Paris, Freutes.

(4) *Anales*, t. II, 286 y II, 165 (1.ª serie).



tensas, y casi todas ellas están contenidas en los *Anales de la filosofía*. Son muchas, y sus títulos se verán al fin de este artículo. Pero es necesario saber que estas distintas publicaciones están muy lejos de podernos dar una idea de los trabajos de M. Paravey. Para formarnos una idea exacta, se necesitaba, como nosotros, haber visitado en San German, su casa, llena de libros por todas partes, colocados sin demasiado orden en todas las piezas, y sobre todo, ver la gran sala donde él tiene colocadas sus *notas*, reunidas en el espacio de más de cincuenta años. Figurémonos una grande habitación, cuyos cuatro lados están ocupados hasta la altura del hombre por grandes cajones sobrepuestos los unos á los otros, y todos llenos de *notas*: notas de geografía, de historia, de monumentos de lingüística; cajones que contienen la más completa colección de citas, recogidas, podríamos decir, de todos los libros que existen. Todos estos documentos están allí ya hace veinte, treinta, cuarenta años, y cada día se van aumentando. Nunca se tomó el trabajo M. de Paravey de ir las coordinando y aplicando, y quizás no bastara su vida para hacer este trabajo. Muchas veces le hemos aconsejado nosotros que elija una cuestión y que la trate con toda minuciosidad, ofreciéndole por nuestra parte los *Anales* para darla publicación. La dificultad en la elección, y la inmensa cantidad de notas, le asustan y le paralizan.

No se vaya á creer que los opúsculos que anunciamos aquí, y las numerosas cartas dirigidas á las Academias, han sido compuestas con tiempo, examinadas, repasadas y corregidas; no, la mayor parte del trabajo ha sido de memoria, y al vuelapluma y sin correcciones. Vimos un gran número sobre nuestro escritorio, y con ayuda solamente de una prodigiosa memoria y de una confianza sin límites, no dudamos en darlas publicación.

Aún más: un volumen entero, que con el título de *Ilustraciones astronómicas*, se ha impreso hace ya más de veinte años, es todavía nuevo en sus depósitos, en espera de nuevas explicaciones y de correcciones recientes, que nunca concluyen (1).

Porque es necesario decirlo muy alto: cuando M. de Paravey tiene que explorar una idea, ó explicar un texto, nada le cuesta tanto como hallar el origen de una palabra; él ha de indagar cómo se ha expresado en todas las lenguas, y para esto consultará todos los depósitos pú-

(1) Es la obra anunciada en *El Diario Asiático* en 1840, y que nosotros reproducimos en el núm. 22, pero compuesto mucho antes.

blicos, visitará la Biblioteca del Jardín de Plantas, la Biblioteca Imperial, las Bibliotecas particulares, sacando de todas partes documentos y etimologías, á veces poco sólidas, y que hacen pensar á los etimologistas oficiales; pero todas rebuscadas y halladas con amor.

De nuevo repetimos, nada hay que pueda desanimar á M. de Paravey, pues es un hombre imperturbable y constante en su opinión. No solamente tiene fe en sus trabajos, sino que á pesar de todos los que le contradicen, él alimenta la esperanza y predice la realización de sus teorías. En vano le rechazan las Academias, en vano se burlan muchas personas, que podríamos decir no le han leído jamás, ó que si le han leído, no se han quedado más que con algunas excentricidades de detalle, en vano le desprecian los sábios, y no le son indulgentes siquiera en los calificativos que con tan poca justicia como delicadeza le dirigen; él á todo hace frente y contra todo género de repulsas y contra toda clase de adversarios, hasta les provoca á ardientes polémicas. Pues M. de Paravey es uno de los partidarios de la antigua ley y de la máxima bíblica y romana: ojo por ojo y diente por diente.

De aquí una libertad de palabra y de expresiones, aun entre sus amigos, que muchas veces tiene necesidad de pedirles les sean indulgentes; pero que todo está justificado, si se atiende á que todo es hijo de los buenos consejos que le animan, y que tan útiles los cree para desvanecer algunos errores, y progresar en la ciencia que él ve no adelanta demasiado, á pesar de sus esfuerzos y contra su propia voluntad.

En esto y en las rectificaciones que él cree necesarias introducir en la historia antigua, su actividad jamás se fatiga. Dirige cartas á todos los soberanos, á todos los sábios, á todos los autores de obras nuevas y que son de alguna importancia, visitas, conversaciones incesantes; su vida toda no tiene más objeto que el de hacer adelantar la ciencia y traducir los libros antiguos, y para esto prodiga todo género de alabanzas y elogios hasta á sus más ardientes adversarios. ¡Cuántas veces hemos envidiado nosotros ese entusiasmo inagotable que le anima, y con el cual pasa horas enteras desenvolviendo una idea, un punto de historia, con una voz clara y sonora, que si por nuestra parte tratáramos de imitarle sucumbiríamos al primer esfuerzo!

Debemos añadir, que para todos estos azarosos trabajos cuenta con una naturaleza de hierro, resultado de una severa sobriedad, y que le permite á su edad afrontar las grandes



vigilias, las largas veladas ministeriales, las reuniones oficiales, y todas las recepciones del gran mundo oficial y no oficial, porque es preciso añadirá todas estas cualidades, que M. de Paravey ha sido siempre un hombre de sociedad, y ha conservado las amistades más respetables que su vida de perfecta honradez le han proporcionado.

II

ANÁLISIS DE LAS CUATRO DISERTACIONES MÁS IMPORTANTES.

El volumen de M. de Paravey se compone de cuatro disertaciones unidas, pero paginadas é impresas en diferentes tiempos. Vamos á dar principio por la tercera, porque es el resumen de todos sus trabajos anteriores; lleva por título:

«Confirmación de la Biblia.—Tradiciones sobre Adam, Abel, Cain, Seth y Enos, reunidas y comentadas por el caballero Paravey, del Cuerpo de Ingenieros, y acompañadas de algunas notas de Adriano Peladan (1).»

Esta disertación se formó con la reunión de los artículos que M. de Paravey había insertado en la *Francia Literaria* de Lyon, y que dirigía con mucho talento M. Paladan, que había añadido excelentes notas á los artículos de M. de Paravey. Vamos á dar un extracto del capítulo primero, en que M. de Paravey explica sus ideas sobre la historia antigua.

I. Importancia de la Biblia y de los libros jeroglíficos para la historia de la antigüedad.—Abel, Seth, Adam, Cain y Enos son los primeros personajes históricos ó mitológicos de todos los pueblos.—Cómo es que se dió el nombre de los patriarcas á los planetas, á las estaciones, etc.—Cuadro de las cinco *Ty* y de las cinco estaciones.—Importancia del calendario *Yue-ling*.—Cuadro de la relación de los planetas, puntos cardinales, estaciones, colores y elementos.—Origen de la idolatría.—Falsedad de la suposición de un estado natural.—Por qué el *Rig-Veda* no parece contener más que el culto de los elementos.—Razon de este culto.—Por qué se ha colocado á *Fo-Hi* y *Ching-nong* antes de *Hoang-ty* ó primer hombre.—Observación importante sobre los antiguos calendarios.—Origen de la fábula de Júpiter destronando á su padre Saturno.

Esta es la introducción que coloca M. de Paravey á la cabeza de estas cuestiones: «Antes de las Olimpiadas no hay historia auténtica en ningún pueblo (2).»

(1) En 8.º, de 91 páginas.

(2) Véanse los trabajos históricos de M. Klaproth y el artículo de M. el abate Guérin, titulado *La*

El *Pentateuco*, uno de los primeros libros escritos con letras, y los antiguos libros jeroglíficos conservados en la China; estos son los únicos monumentos que permiten restablecer las tradiciones primitivas. Los preciosos libros de la China, los *Kings*, anteriores á los *Vedas* de los indios, son los únicos que permiten, aclarándoles con la Biblia, establecer de una manera auténtica la historia de las primeras edades, sin exceptuar siquiera las épocas antediluvianas. Desgraciadamente, los pretendidos *espíritus fuertes* de nuestros días desprecian nuestros libros sagrados, y por negar, hasta niegan la existencia de Moisés. En cuanto á los libros escritos en jeroglíficos, ningún genio fuerte ha podido fondear la verdad; el inmortal Bossuet no los conoció, y el célebre Pascal apenas se ha ocupado de su importancia.

«Vamos á llamar de nuevo la atención sobre las tradiciones de la antigüedad, y á demostrar una vez más la importancia de los documentos jeroglíficos. Nuestro objeto es probar que Adam, Abel, Cain, Seth y Enos, hacen la verdadera historia de los pueblos.

«Los calendarios han ejercido en todos los tiempos sobre la historia una grande influencia, y en todos tiempos se han incluido los aniversarios de hombres célebres que habían sido venerados, ó que se les había temido.

«¿Qué hombres deberían allí figurar sino el padre del género humano, sus tres hijos y su religioso nieto?

«Hicieron corresponder las estaciones del año á cada uno de los más renombrados personajes.

«En el *Ly-ki* ó libro de los ritos, uno de los cinco *King* ó libros canónicos de la China, hay un calendario que presenta estas antiguas atribuciones de las estaciones á los personajes históricos. Este calendario fué compuesto bajo los *Tsin*, más de 240 años antes de nuestra era, hácia la época de los Ptolomeos. Se le conoce con el nombre de *Yuc-ling* ó *Reglamento de las lunas*. Y esto es lo que en árabe se llama *Al-manache*.

«El docto padre Gaubil ha hecho ver muchas veces la importancia del calendario, cuyo análisis hizo en 1732 en la *Colección de observaciones matemáticas del P. Souciet* (1).

«Ha hecho notar la manera de corresponderse los personajes á cada una de las estaciones; una misma estación tiene por correspondencia

cronología imaginaria y la cronología verdadera de los indios, en los *Anales de la filosofía cristiana*; t. XVIII, pág. 285 (3.ª serie).

(1) Véase t. II, pág. 184, 185, en 4.



un planeta, un color, un sabor, un olor, un tono musical, un elemento. Pero al reconocer al *Fo-Hi*, *Ching-nong*, *Hoang-ti*, etc., por antiguos patriarcas, no sabía á qué patriarcas referirles. Con una atención más reflexiva, hubiera visto en el Calendario rasgos preciosos de relaciones bíblicas y el origen de las idolatrias más antiguas.

«Veamos ahora cómo hace corresponder el *Yuc-ling* los cinco *Ty* (emperadores ó patriarcas) con las cinco estaciones:

1.º Tui-hao ó Fo-Hi (Abel) Primavera	2.º Chin-nong ó Yen-ti (Seth) Verano
3.º Hoang-ti ó Kon-tsun (Adam) Mitad del año	
4.º Chao-hao ó Yuen tun (Cain) Otoño	5.º Tshuen-hiu ó Ling-Kuey (Enos) Invierno

«Así, la primavera estaba dedicada á *Fo-hi* ó Abel, el pastor; el verano estaba consagrado á *Chin-nong* ó Seth, el labrador; en la cortísima estación que se supone en medio del año y en el centro de las estaciones, se honraba á *Hoang-ti* ó Adam, el centro de la humanidad; *Chao-hao* ó Cain, el herrero, el arquitecto, respondía al otoño; y por último, *Tshuen-hiu* ó Enos, el astrónomo, el religioso, hijo de Seth, era venerado en invierno.

«No solamente las cuatro estaciones y el medio del año respondieron á estos cinco personajes, los más antiguos y más célebres vástagos del género humano, sino que los cinco planetas y los cinco elementos correspondientes, les fueron igualmente atribuidos, y también un color especial, un tono musical, etc. Así, á Abel responde el planeta Júpiter; á Seth, el de Marte; á Adam, el de Saturno, padre de los hombres y de los dioses; á Cain, el de Venus, emblema de los placeres, á que se entregó la raza del fratricida; á Enos, por último, responde el de Mercurio, el más joven de los dioses.

«Mezcla de grandes verdades y de errores, símbolos admirables de extravagantes idolatrias, el calendario *Yuc-ling* es no obstante mucho más importante, mucho más fecundo en resultados positivos, que todo lo que se nos ha dicho del Budhismo indio.

«Hé aquí otro fragmento del mismo calendario:

PLANETAS	PUNTOS CARDINALES	ESTACIONES	COLORES	ELEMENTOS
Júpiter	Este	Primavera	Verde Verdoso	El bosque macho El bosque hembra
Marte	Sur	Verano	Rojo Rojizo	El fuego macho El fuego hembra
Saturno	Centro	Medio del año	Amarillo Amarillento	La tierra macho La tierra hembra
Venus	Oeste	Otoño	Blanco Blanquecino	El metal macho El metal hembra
Mercurio	Norte	Invierno	Negro Negruzco	El agua macho El agua hembra

«Esta correspondencia de planetas, estaciones, colores y elementos se halla en el *Dabistan* de los antiguos persas. El *Yuc-ling* recuerda por otra parte el Egipto y sus misterios, y nosotros hemos visto las más grandes analogías entre los símbolos del libro chino y los por menores dados por Diodoro y Plutarco sobre el Egipto.

«Había una sublime grandeza en aquellas leyes de la armonía universal, admitidas por los filósofos pitagóricos y platónicos. Por análogas ideas, el ilustre Klepler aplicó á los movimientos de los astros las reglas de los acordes musicales, y descubrió las grandiosas leyes que han inmortalizado su gloria (p. 1-6).»

I. Consideraciones sobre Abel ó *Fo-Hi* (1).—Diversos nombres de *Fo-Hi*, conservados en la China.—Refutación de la antigüedad de la China.—Observaciones sobre el nombre de Abel en la India.

Tradiciones indias sobre *Vrihaspati* (2).—*Nim-ana*, hermana y mujer de Abel.—Cuadro de la hipótesis de *Baller Angiros*, ó el rey rojo, es Adam.—Nombres de los Richis, dados á las estrellas de la Osa Mayor.—Historia simbólica y religiosa de la Osa Mayor.—El nombre de Dios se identifica con el de la estrella polar ó del mundo.—Cuadro de los diversos nombres de los siete Richis y de los diez *Pradjapatis*.

(1) Estas consideraciones se ven con más extensión y acompañadas de textos y caracteres en los *Anales*, t. XV, pág. 330 (2.ª serie, núms. 15, 16 y 17 del catálogo, que va al fin de este artículo), y en la segunda disertación de este volumen, de que nos vamos á ocupar.

(2) Véase la disertación sobre *Vrihaspati*, inserta en los *Anales*, t. III, pág. 428 (1.ª serie), núm. 37 del catálogo de más adelante.